

La producción social de sentido sobre la producción social de sentido: hacia la construcción de un marco epistemológico para los estudios de la comunicación

RAÚL FUENTES NAVARRO

Profesor-investigador Numerario del Departamento de Estudios Socioculturales, ITESO Guadalajara, Jal. México

Agradezco profundamente la invitación a participar en este seminario, que entiendo como una oportunidad inmejorable de debate académico y de aprendizaje colectivo. Para mí es, además, un honor compartir la ocasión con una representación tan destacada, en este caso convocada por COMPÓS, de la comunidad brasileña de estudiosos de la comunicación, ejemplar en muchos sentidos y única por su nivel de desarrollo en América Latina, y hacerlo en el marco de la celebración de los treinta años del posgrado de la Escola de Comunicações e Artes de la Universidade de São Paulo, institución pionera y líder de nuestro campo.

Al mismo tiempo que me siento honrado por la invitación, confieso sentirme intimidado por el tema, el escenario y, sobre todo, por el nivel que reconozco en los interlocutores: entiendo que la mejor justificación de mi presencia en este seminario sería aportar alguna claridad adicional al tema que abordaremos en estos dos días. Vengo desde tierras muy lejanas, pero no ajenas: creo que Guadalajara sigue teniendo un lugar especial en el imaginario brasileño más de treinta años después de un acontecimiento memorable, y yo he tenido la suerte de compartir en muchas ocasiones el trabajo académico sobre la comunicación en territorio brasileño, la primera de ellas en 1988.

Los años de contacto con Brasil me han enriquecido enormemente, tanto personal como profesionalmente, por lo que tengo un afecto y un interés muy especiales por este país tan parecido y tan diferente al mío. He aprendido a admirar, a disfrutar y a amar a Brasil, aunque seguramente me falta mucho para comprenderlo. Y sin

embargo, debo pedir perdón porque no he sido capaz de aprender a hablar su idioma, aunque lo entiendo bien, hablado y escrito. Apelo, como siempre, a su amable disposición para escucharme hablar en español, lengua que trato de usar de la manera más accesible.

Y para terminar esta introducción, me siento obligado a explicitar muy brevemente ante ustedes, como muestra de respeto, **desde dónde hablo**. Esto me parece especialmente importante por ser el único participante extranjero en el seminario, lo que me compromete a hacer un esfuerzo de contextualización que facilite reconocer los referentes compartidos y las perspectivas que nos son comunes como estudiosos latinoamericanos de la comunicación, pero también aquellos rasgos históricos y estructurales que generan diferencias y disparidades en nuestras prácticas y proyectos académicos.

Soy un mexicano de cincuenta años que vive y trabaja en Guadalajara. Soy un profesor universitario que ha decidido concentrar todos sus esfuerzos profesionales en el ámbito académico, por lo que abandoné hace mucho un oficio promisorio en la producción audiovisual y no he pretendido nunca actuar como político, como comerciante o como periodista. Hace veinticinco años que soy profesor de teoría de la comunicación, primero en el pregrado y desde hace casi quince años preferentemente en posgrado, tanto en una universidad pública como en una privada, las dos entre las más prestigiadas y productivas en el campo de la comunicación en México. Mis estudios formales los cursé en esas mismas instituciones: licenciatura y maestría en comunicación en el ITESO; doctorado en ciencias sociales en la Universidad de Guadalajara.

La condición provinciana y endogámica que esa trayectoria me podría imponer, la he compensado con una participación larga y comprometida en las asociaciones académicas del campo: las nacionales CONEICC y AMIC, las latinoamericanas FELAFACS y ALAIC, y las internacionales ICA y AIERI/IAMCR¹. Por razones circuns-

1. CONEICC: Consejo Nacional para la Enseñanza y la Investigación de las Ciencias de la Comunicación; AMIC: Asociación Mexicana de Investigadores de la Comunicación; FELAFACS: Federación Latinoamericana de Asociaciones de Facultades de Comunicación Social; ALAIC: Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación; ICA: International Communication Association; AIERI/IAMCR: International Association for Media and Communication Research.

tanciales asumí en 1982 el papel de responsable de la documentación académica nacional sobre comunicación y eso marcó desde el inicio mi trayectoria como investigador: mi objeto de estudio principal ha sido el propio campo académico.

Trabajar ese objeto desde la práctica cotidiana como profesor de teoría, y desde la base descriptiva elemental de la documentación, me ha permitido elaborar un marco de interpretación denso y complejo, pero que como investigador siempre trato de articular con datos empíricos, tanto cuantitativos como cualitativos. A pesar de que el campo académico es un objeto de estudio que no puede construirse al margen de marcos sociológicos, sobre todo para no desarticularlo de la relación básica entre universidad y sociedad, he procurado siempre abordarlo desde una perspectiva comunicacional. De ahí que proponga como síntesis de nuestra tarea la fórmula que ofrezco como título de esta exposición: **la producción social de sentido sobre la producción social de sentido.**

Pero antes de entrar de lleno en el tema, debo anotar otro punto de partida fundamental: mi pertenencia generacional. Ya dije que tengo cincuenta años, pero ese dato es más importante en términos estructurales que personales. En México, por razones que son objeto de otro análisis, las oportunidades de acceso a posiciones de progreso en el campo académico de la comunicación han estado históricamente limitadas casi exclusivamente a hombres y mujeres de esta generación "post-68" a la que pertenezco, la que llegó a la universidad entre fines de los años sesenta y mediados de los setenta.

Además de las condiciones culturales de aquella época, mezcla de inconformismo y fe en el futuro, en la que se fundó la carrera de comunicación, es importante saber que en la década de los setenta el sistema de educación superior mexicano multiplicó su tamaño por cuatro. En esos años, antes de las crisis económicas que se han vuelto permanentes, muchos, quizá sin quererlo, gracias a la demanda del sistema, nos convertimos en profesores, aprendices sobre la marcha. A partir de 1980, aunque el crecimiento de las universidades no se ha detenido, hasta llegar hoy a atender a cerca de dos millones de estudiantes, la carrera académica se ha vuelto mucho más difícil de iniciar y mucho menos atractiva para generaciones más jóvenes y, en algún sentido, mejor preparadas que la nuestra. Sin consolidarse del todo, el campo académico institucionalizado en México se ha vuelto mucho más rígido.

En ese contexto, he de resaltar que aproximadamente cincuenta de los ocho mil quinientos miembros del Sistema Nacional de Investigadores, nos dedicamos a la investigación de la comunicación y casi todos tenemos 45 años o más. Soy, entonces, uno de los muy pocos privilegiados por la estructura nacional, que disfruta de estabilidad, apoyo y hasta reconocimiento para dedicarse al estudio académico de la comunicación en mi país, en condiciones equiparables a las de cualquier otro, y estoy consciente del privilegio y la responsabilidad que eso implica. Casi todos los investigadores mexicanos que ustedes conocen comparten esta condición y la preocupación por el futuro de muchos jóvenes en cuya formación académica hemos colaborado, pero cuya inserción en el campo académico es cada vez más difícil. Desde ese horizonte, muy práctico y muy relacionado con los programas de posgrado, es desde donde quiero partir para exponer ante ustedes algunas reflexiones sobre la epistemología de la comunicación.

He organizado mi exposición en tres partes, con las que trato de articular una argumentación consistente que vaya de lo más abstracto a lo más concreto, sobre un eje de problematización estructural e histórica de los estudios sobre la comunicación. En un primer momento formulo algunos problemas de **legitimación**; en el segundo ciertos problemas de **institucionalización** y en el tercero de **profesionalización** de estos estudios, y en cada una de estas partes intento plantear algunas cuestiones epistemológicas cuya discusión y clarificación me parece urgente.

Adopto como premisa de entrada la existencia de un **campo académico** en el sentido de Bourdieu, y desde el interior de ese campo, tal como me lo represento, intento suscitar una discusión reflexiva sobre sus procesos de institucionalización, social y cognoscitiva al mismo tiempo, entre agentes latinoamericanos altamente capacitados para orientar y reorientar sus procesos de estructuración. De otra manera, el debate correría fuertes riesgos de convertirse en un ejercicio bizantino o bien, como sucede muchas veces, en un "diálogo de sordos".

Al enunciar el uso **heurístico** del modelo de campo como marco interpretativo y referencial (Velasco, 2000), consciente e intencionalmente estoy excluyendo otras perspectivas de entrada, cuya pertinencia comparativa quizá podamos discutir a propósito de la participación de otros colegas, que estoy ansioso por escuchar. Pero al

mencionar a Bourdieu como la fuente primera de mi propuesta, debo aclarar que no soy un "bourdiano", pues he encontrado mayor potencia heurística en los postulados de la teoría de la estructuración de Giddens y otros autores, para desarrollar el análisis del campo en el que me sitúo como agente, en múltiples dimensiones articuladas y desde una perspectiva sociocultural de la comunicación.

Desde ese punto de partida, entiendo que la expresión "Epistemología de la Comunicación" refiere a una dimensión constitutiva, interna, fundamental, del propio campo académico de la comunicación en el que reflexionamos como agentes calificados e interesados sobre ella, independientemente de que desde otras perspectivas pueda referirse a un cuestionamiento inmanente, exterior o pretendidamente "superior", realizado por otros.

Si la epistemología como disciplina filosófica, como teoría del conocimiento, puede aportar todavía un criterio útil para orientar nuestra práctica, es una pregunta que mi incompetencia profesional en el terreno de la filosofía me impide abordar con seriedad, por lo que no niego su eventual pertinencia. Pero si lo que hacemos es en algún sentido "científico", y con mayor razón si no lo es, deberíamos ser capaces de demostrar la consistencia y utilidad de nuestro conocimiento refiriéndolo a las propias condiciones y procedimientos con que lo producimos. Porque hay sin duda una insatisfacción generalizada con el estado actual del campo, y su futuro depende, en buena medida, de la manera en que interpretemos y estructuramos la creciente dispersión intelectual, ideológica y política que lo caracterizan. Ahora sí, y no como cuando Berelson lo afirmó en los años cincuenta, el campo parece estarse "desvaneciendo" cuando más se espera de él.

La legitimación del campo académico de la comunicación

Comienzo por constatar el hecho de que independientemente del tiempo y el espacio que usemos como escala para identificar el campo académico de la comunicación y sus condiciones de desarrollo, encontramos en el centro de ese proceso histórico la cuestión de su legitimación, siempre en debate, invariablemente objeto de lucha, tanto al interior como al exterior del propio campo. Cuando discutimos las condiciones de la legitimidad **intelectual** de nues-

tros estudios, es decir, cuando apelamos al análisis epistemológico de los esquemas, discursos y saberes que postulamos como válidos, y confrontamos los criterios de evaluación para calificar o descalificar perspectivas que no son la propia, no podemos eludir los factores sociopolíticos que, en diversas escalas, determinan ese análisis también en sus dimensiones ontológica, ética y organizativa o social.

Quizá no sobra recordar que una vez que fue desplazado el proyecto del empirismo lógico del centro de la discusión filosófica sobre el conocimiento científico, con las certezas dogmáticas que proporcionaba a sus adherentes, la epistemología de las ciencias, comenzando por las naturales, se ve tensionada por la convicción de que el conocimiento debe referirse **válidamente** a alguna realidad, como sostenía Popper, y de que es un conocimiento histórica y **socialmente** construido, como lo propuso Kuhn. El "criterio de demarcación", la distinción entre el conocimiento científico y el no científico, es ahora, en vez de una norma de unificación, un objeto más de discusión, sometido tanto a las condiciones de la racionalidad como a las del poder.

Por ello en el campo científico los conflictos epistemológicos son siempre, inseparablemente, conflictos políticos. Pero habría que considerar con mayor detenimiento que esto está directamente relacionado con el grado de **autonomía** conquistado por el campo. Si la definición de lo que está en juego en la lucha científica forma parte de la misma lucha, por lo que según Bordieu "los dominantes son aquellos que logran imponer una definición de la ciencia según la cual la realización más perfecta consiste en tener, ser y hacer aquello que ellos tienen, son y hacen" (2000: 20), es indispensable reconstruir desde su origen las definiciones en pugna, y apreciar en qué medida y de qué manera su formulación e institucionalización dependen de agencias de poder internas y externas al campo. Porque, otra vez según Bourdieu, "las reivindicaciones de legitimidad obtienen su legitimidad de la fuerza relativa de los grupos cuyos intereses expresan: en la medida en que están en juego en la lucha la definición misma de los criterios de juicio y de los principios de jerarquización, nadie es un buen juez porque no hay juez que no sea, al mismo tiempo, juez y parte interesada" (Bourdieu, 2000: 22).

Para el campo académico de la comunicación, cuya constitución es tan reciente como incipiente, y debido a sus pretensiones de científicidad, tengan o no fundamento válido, estas cuestiones siguen

indudablemente abiertas, y hacen muy pertinente la indagación histórica. Porque quizá estemos tentados a aceptar que es válida la imposición de un solo modelo de futuro, o a considerar la diversidad de fundamentos como un defecto. Y habría que ver, por ejemplo, qué hay en común en la estructura de producción del conocimiento y la reproducción de la comunidad de practicantes, entre el campo de la comunicación en la actualidad y el de la óptica en el siglo XVII, que Thomas Kuhn describió de la siguiente manera:

Quien por primera vez entraba en este campo se veía expuesto inevitablemente a toda una variedad de puntos de vista contradictorios (...) El hecho de que el principiante tuviera que hacer una elección y luego conducirse de acuerdo con ella no impedía que estuviese consciente de las demás posibilidades. Este modo de educación tenía, obviamente, más posibilidades de producir un científico libre de prejuicios, alerta a los fenómenos nuevos y flexible en la manera de enfocar su campo (Kuhn, 1982: 254).

Una postura semejante parece adoptar James Anderson, un destacado profesor norteamericano, que escribió en la introducción de su libro sobre los fundamentos epistemológicos de las teorías de la comunicación hace unos cuantos años, que actualmente "sería notable un colega que no conversara, al menos, con algo del menú de las revoluciones kuhnianas, la arqueología foucaultiana, el deconstruccionismo derrideano, el deseo lacaniano, la dialógica bahktiniana, la semiótica peirceana, la hermenéutica alemana y la teoría feminista, así como con las búsquedas de los similares de fin de siglo de James y Dewey" (Anderson, 1996: 1). Para él, la necesidad de adquirir y mantener **certidumbres críticas**, especialmente en las prácticas institucionalizadas de la formación universitaria de investigadores, justifica la revisión de las teorías como prácticas, a partir de una epistemología que descarta el recurso a la autoridad incuestionable de la ciencia, pero no a las consecuencias de la construcción y reproducción social e institucional de esa "autoridad".

El debate sobre la legitimidad intelectual de los estudios sobre la comunicación, que expresa en buena medida la lucha por la legitimación de ciertas perspectivas y la consecuente deslegitimación de otras, en función de un poder diferencialmente construido y distribuido, ha tenido sin duda como escenario principal al sistema aca-

démico norteamericano, cuyo análisis considero muy ilustrativo para nuestros propósitos latinoamericanos, pues es ahí donde parece haberse impuesto en las últimas décadas un pluralismo muy ambivalente y confuso, sospechosamente coincidente con la creciente concentración y expansión global de las industrias mediáticas.

Así, puedo explicarme porqué lo que comenzó a principios de los años ochenta como una búsqueda de claridad sobre el "fermento en el campo", entendido como una "crisis de paradigmas" en términos más o menos epistemológicos (*Journal of Communication*, 1983), ha derivado en una polémica multidimensional y en el reconocimiento de una fragmentación aparentemente irresoluble, que entre muchas otras consecuencias ha suscitado un interés muy crítico por la historia, intelectual y social, del propio campo. Habría que interpretar desde ahí porqué, después de una década, el debate norteamericano se reformuló alrededor del "futuro del campo" (*Journal of Communication*, 1993) o en el imperativo de "definir los estudios de medios" (Levy & Gurevitch, 1994), para empezar por los títulos bajo los cuales se publicó la polémica.

Si bien George Gerbner, el editor de la publicación de 1983, llegó a la conclusión de que las oposiciones entre conocimiento básico y aplicado, entre ciencia y arte, entre análisis cuantitativo y cualitativo, entre investigación administrativa y crítica, "no se sostienen ni lógica ni prácticamente con independencia de las razones históricas que lo hicieron creer así", y que "el fermento en el campo (...) atestigua la vitalidad de la disciplina y su capacidad de acometer las tareas críticas" (Gerbner, 1983: 362), Mark Levy y Michael Gurevitch, editores a su vez de la edición de 1993, plantearon de entrada que "el ansia por descubrir un paradigma universal de la comunicación ha sido sustituida por una cómoda aceptación del pluralismo teórico", que "al saber académico de la comunicación le falta *status* disciplinario porque carece de un núcleo de conocimiento y por tanto la legitimidad institucional y académica sigue siendo una quimera", y que "la guerra fría política ha terminado, pero las batallas ideológicas y metodológicas — como las que se dan entre los deterministas psicológicos, culturales, económicos, textuales y tecnológicos — continúan fragmentando nuestro campo" (Levy & Gurevitch, 1993: 4).

No conozco convocatoria a un número especial que, a mediados de 2003, tendría que continuar la secuencia autorreflexiva canalizada aparentemente cada diez años por la publicación principal de

la ICA. Pero sí conozco muchos de los términos y posiciones del debate, que inevitablemente se ha internacionalizado y complejizado. Menciono solamente tres de estas posiciones, que me parecen especialmente interesantes para la reconstrucción epistemológica:

Una, es la del ya mencionado James Anderson, quien sostiene que "la teoría debe tener un objeto de su explicación, una forma explicativa, un método para relacionar evidencias con postulados, explicaciones características dentro de un rango de desempeño, y una consecuencia valoral", por lo cual articula siete criterios, en forma de preguntas, correspondientes a los planos de la ontología, la epistemología, la praxeología y la axiología, que propone en conjunto para buscar una explicación racional a la "cualidad y la manera de las creencias que fundamentan nuestro trabajo académico", en el cual se inducta a los estudiantes (Anderson, 1996: 2-5). Y deja a ellos, a los lectores, la construcción de las respuestas, después de analizar 18 diferentes teorías de la comunicación. El comentario de Klaus Krippendorff ante este libro posmoderno requeriría una reflexión adicional:

en vez de ofrecer respuestas simples a las preguntas epistemológicas que inevitablemente surgen de las teorías, traza numerosas distinciones entre comunidades de académicos que alegan tener esas respuestas, y así nos muestra cómo el estudio académico de la comunicación se hace en el proceso de comunicar sobre la comunicación (Anderson, 1996, solapa).

Otra postura que considero muy interesante es la del propio Krippendorff, alguna vez y todavía reconocido por su manual de análisis de contenido, quien ha participado en el debate constatando la necesidad de elaborar desde otras bases epistemológicas un concepto de comunicación no centrado ya en los mensajes como realidades "objetivas", que "afectan" a quienes se exponen a ellos y que crean una "comunalidad" social de la cual hay que evitar las "desviaciones" (Krippendorff, 1994: 42). En cambio, habría que construir una radicalmente

nueva y virtuosa síntesis, en que se vea a los seres humanos, primero, como seres cognitivamente autónomos; segundo, como practicantes reflexivos de la comunicación con los otros (y esto incluye a

los científicos sociales en el proceso de sus investigaciones); y tercero, como interventores moralmente responsables, si no es que creadores de las realidades sociales en las que terminan viviendo (Krippendorff, 1994: 48).

Con bases constructivistas, en algunos momentos radicales, Krippendorff plantea, así, un proyecto epistemológicamente **reflexivo** éticamente orientado, del cual seríamos responsables los académicos de la comunicación, como agentes que a su vez reconocen la capacidad de los otros actores sociales de la comunicación para dar cuenta de sus prácticas. Los ejes de una revisión crítica del campo y los fundamentos de su reconstitución teórica no podrían ser entonces "puramente" epistemológicos, sino que deberían articular los factores de ejercicio de poder y de legitimidad con la construcción de los significados.

Pero entre los autores a los que decidí referirme en este punto, es quizá John Durham Peters el que aporta los planteamientos más radicales y estimulantes para el debate. Su libro *Hablar al aire: una historia de la idea de la comunicación* (1999), cuestiona la pertinencia de cualquier análisis que no tome en cuenta que "en gran parte del discurso contemporáneo, 'comunicación' existe como una suerte de plasma germinal conceptual malformado e indiferenciado. Rara vez una idea ha sido tan infestada de lugares comunes".

Porque "comunicación" ha llegado a ser propiedad de políticos y burocratas, tecnólogos y terapeutas, todos ansiosos por demostrar su rectitud como buenos comunicadores. Su popularidad ha rebasado a su claridad. Aquellos que buscan hacer teóricamente preciso el término para el estudio académico han terminado a veces sólo formalizando el miasma a partir de la cultura más en general. La consecuencia es que el pensamiento filosóficamente más rico sobre la comunicación, tomada como el problema de la intersubjetividad o las rupturas en la comprensión mutua, se encuentra frecuentemente en aquellos que hacen poco uso de esa palabra (Peters, 1999: 6).

Peters argumenta que "la noción de teoría de la comunicación no es más vieja que los años cuarenta (cuando significaba una teoría matemática del procesamiento de señales), y nadie había aislado la 'comunicación' como un problema explícito hasta las últimas dos dé-

cadass del siglo XIX" (Peters, 1999: 9-10). Como objeto de debate intelectual, Peters ubica a la comunicación especialmente en los contextos posteriores a la primera y la segunda guerras mundiales y justifica su estudio en la actualidad, y por lo tanto, la clarificación de sus fundamentos, en tanto que "'comunicación' es una rica maraña de hebras intelectuales y culturales que codifica las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo. Comprender la comunicación es comprender mucho más" (Peters, 1999: 2).

A mi modo de ver ésta es la veta central de la problematización epistemológica del campo, pues al mismo tiempo que la comunicación se convierte en un principio cada vez más importante del sentido en todos los ámbitos de la existencia social, según la **doxa** imperante, la academia no logra constituir un sistema de conocimiento que vaya más allá de la reproducción de esa **doxa**, de ese conocimiento cotidiano acrítico y funcional, con el que la ciencia tendría que romper. Siguiendo a Bourdieu, podríamos entonces interrogar los constitutivos comunes entre las comunidades de académicos que sostienen propuestas divergentes pero comparten esa imposibilidad de construir un conocimiento y un método crecientemente autónomos de la determinación social, externa al campo pero incorporada e institucionalizada en él. Y en esos términos, lo que habría que distinguir es el conocimiento científico de esa **doxosofía**, "ciencia aparente y ciencia de la apariencia" (Bourdieu, 2000), que sobre todo con un tinte tecnologicista y a partir de la irrupción de la Internet en el horizonte cotidiano durante la última década, ha proliferado en el campo y alrededor de él.

Peters sugiere, pues, que "comprender la comunicación es comprender mucho más", comprender "las confrontaciones de nuestro tiempo consigo mismo", fórmula paralela a aquella que argumentó Jesús Martín-Barbero entre nosotros hace más de una década en el sentido de que la comunicación ocupa un "lugar estratégico para pensar la modernidad", razón fundamental por la que su estudio debe de ser transdisciplinario:

La expansión e interpenetración de los estudios culturales y de la comunicación no es fortuita ni ocasional. Ello responde al lugar estratégico que la comunicación ocupa tanto en los procesos de reconversión cultural que requiere la nueva etapa de modernización de nuestros países, como en la crisis que la modernidad sufre

en los países centrales. No es posible comprender el escenario actual de los estudios de comunicación, y aún menos trabajar en su prospectiva, sin pensar esa encrucijada (Martín-Barbero, 1992).

Podemos constatar que muchos analistas de la contemporaneidad, ubicados en muy distintas posiciones del espectro ideológico y científico, están proponiendo al conocimiento, a la información, a la comunicación, como ejes centrales de construcción de un mundo nuevo, al mismo tiempo que se expanden por el mundo y se concentran en poquísimos núcleos de control las industrias del sector. Parece que la idea de que hay un desplazamiento acelerado de los factores económicos y políticos hacia los simbólicos y culturales en los núcleos de la transformación social no parece tan descabellada como en los siglos anteriores. Las finanzas mundiales y las elecciones en muchos países, como México en 2000, así lo hacen pensar. Para algunos, el siglo XXI estará marcado por la importancia creciente de las relaciones simbólicas, en vez de la de las relaciones materiales, en la estructuración de la realidad global. La comunicación, quizá con la Internet como paradigma, sería así la clave central de la globalización. ¿Pero qué significan, en cada uno de los autores que así lo argumentan, "conocimiento", "información" y "comunicación", y qué relaciones conceptuales proponen entre estos términos? Por mencionar sólo una de las múltiples preguntas que tendrían que seguir a ésta: ¿y qué tienen que ver los "medios", como instituciones industriales, en ello?

Mi postura es que al dejar sin abordar con rigor estas cuestiones básicas, se produce un efecto de disgregación tal en el campo, que sólo es aparentemente paradójico que prevalezca un "pluralismo" superficial y acrítico, sea bajo la imagen de la "especialización" o de la "interdisciplinariedad", y en realidad se impongan así el "pensamiento único" y la instrumentalización de la comunicación y sus recursos. Como corolario de su *Historia de las teorías de la comunicación* y, al menos desde *Pensar sobre los Medios* (1986), así lo habían advertido ya los Mattelart:

El pragmatismo que caracteriza a los estudios operativos impregna cada vez más las maneras de decir la comunicación. De ello resulta que el campo en su conjunto experimenta cada vez más dificultades para desprenderse de una imagen instrumental y conquistar una verdadera legitimidad como objeto de investigación en su

integridad, tratado como tal, con el distanciamiento indisociable de una gestión crítica (Mattelart y Mattelart, 1997: 126).

En ese movimiento, que indudablemente seguirá siendo objeto de debate durante las próximas décadas, la epistemología es una clave principal para legitimar científica y socialmente al campo de estudios de la comunicación, en consonancia con la relevancia, real o imaginada, que el poder y la historia han otorgado a su objeto.

En suma, me parece evidente que la autonomía científica del campo de estudios de la comunicación es muy baja y tiende a decrecer aún más, lo cual implica que la acumulación y distribución de saberes sobre la comunicación están sujetas a la intromisión no sólo de intereses ajenos al conocimiento dentro del campo, sino a la imposición desde su exterior de las definiciones de qué y cómo, por qué y para qué producirlos y reproducirlos en la institución universitaria, con la apariencia de científicidad que ésta otorga, pero con la densidad de crítica intelectual más baja que sea posible. Y, no obstante, hay un proceso creciente aunque no mayoritario de reflexión crítica y de modificación práctica de las condiciones por las cuales el campo se aleja de un estado, que nunca ha tenido, de monopolio de la legitimidad científica y social en un grupo, perspectiva o modelo. La situación presente, entonces, requiere de una articulación muy delicada de reflexión epistemológica con análisis sociológicos y ético-políticos de los intrincados procesos de su legitimación institucional, pues en el fondo, es una lucha ideológica que cruza por la territorialización.

La institucionalización del campo académico de la comunicación

Aunque estoy convencido de que en el debate norteamericano y europeo sobre la historia y futuro del campo de la comunicación pueden encontrarse aportes fundamentales para los análisis críticos que, desde nuestro espacio académico latinoamericano nadie más que nosotros puede hacer, convendría mucho distinguir entre "los tres modos de relación del trabajo académico con las concepciones y modelos de comunicación hegemónicos: dependencia, apropiación, invención", que Jesús Martín-Barbero nos propuso hace casi

dos décadas y que me parecen esenciales para avanzar en el análisis de la institucionalización de nuestros saberes. Dejando de lado por ahora la “invención”, resalta

La dependencia que, transvestida de liberalismo intelectual y eclecticismo posmoderno, concluye que “todo vale”, o sea que todas las concepciones “son iguales” y por lo tanto tienen los mismos derechos. Derechos que, en países de desarrollo tan precario como los nuestros, serían sólo los de aplicar lo que otros inventan y “estar al día”. La apropiación se define al contrario por el derecho y la capacidad de hacer nuestros los modelos y las teorías vengan de donde vinieren geográfica e ideológicamente. Lo que implica no sólo la tarea de ensamblar sino la más arriesgada y fecunda de rediseñar los modelos para que quepa nuestra heterogénea realidad, con la consiguiente e inapelable necesidad de hacer lecturas oblicuas de esos modelos, lecturas “fuera de lugar”, desde un lugar diferente a aquel en el que se escribieron (Martín Barbero, 2002: 6).

Nuevamente, la reconstrucción histórica del campo, y más específicamente de sus modelos de institucionalización tanto **social** (programas, asociaciones, publicaciones) como **cognoscitiva** o **intelectual** (conceptos, métodos, articulaciones), es un insumo indispensable para el análisis. En ese sentido, encuentro otro aporte en un artículo reciente de Karin Wahl-Jorgensen, del Instituto para la Investigación de la Comunicación de Stanford. Ella niega, con base en una argumentación epistemológica, que las historias del campo representen en sí mismas “un espacio para un giro reflexivo en los estudios de la comunicación” (2000: 87).

Ni las historias basadas en el método biográfico, que llama “rituales”, ni las basadas en la historia intelectual, que denomina “rebeliones”, estimulan la reflexividad si no se confrontan, en la lectura crítica, entre sí y con “las demandas institucionales y los intereses personales y políticos que guían nuestra investigación”, porque es necesario reconocer “el hecho de que las prácticas académicas interactúan y afectan el mundo externo de la economía, la política y la cultura” (Wahl-Jorgensen, 2000: 113). Y sobre todo, agregaría yo, son afectadas por ellas.

Múltiples historias del campo académico de la comunicación en Estados Unidos, tanto biográficas como intelectuales, han recons-

truido de diversas maneras los complejos procesos de institucionalización de estos estudios. Es obvio que las historias, sobre todo si se escriben desde el interior mismo del campo, están sesgadas por las posiciones e intereses de quienes las construyen. Pero hay un efecto que, junto con la observación de Wahl-Jorgensen, constituye un objeto central de atención epistemológica: ninguna de las historias abarca un periodo temporal ni un espectro disciplinario más restringido que las anteriores. Si bien los problemas teóricos son ineludibles al trazar cualquier mapa histórico del campo, las redes de referencias asociadas a las teorías de la comunicación van sistemáticamente cada vez más atrás en el tiempo y más lejos en el espectro de los campos científicos donde “anclar” sus fundamentos. En otras palabras, se manifiesta ahí una fuerte tendencia “centrífuga”, no un proceso de “condensación”. No hay indicios de un avance hacia una definición disciplinaria, sino todo lo contrario, aunque las referencias institucionales sean más comunes cada vez.

Ya nadie puede sostener simplemente, como hasta hace unos veinte años, que el campo de la comunicación nació sin más de la yuxtaposición de los trabajos de investigación empírica de Lasswell, Lazarsfeld, Lewin y Hovland, es decir, de una hibridación de la sociología, la psicología y la ciencia política. Ni, como argumentó Everett Rogers (1994), que el único y “verdadero” padre fundador del campo sea Wilbur Schramm. Nadie quiere negar el origen multidisciplinario de los estudios de la comunicación, aunque ese origen se ubique en uno u otro lugar y época, pero cada historiador quiere legitimar, sin embargo, con su versión, un proyecto de futuro disciplinario en algún sentido. Por ello hay en juego muchas más propuestas ontológicas, epistemológicas, teóricas y metodológicas que alternativas a la institucionalización imperante. Y, también, menor convergencia intelectual que organizacional en los supuestos de base de esas propuestas.

Eso indica que la institucionalidad, y no la argumentación intelectual, es el lugar social donde se articulan el poder y el saber, por lo que el futuro del campo y la lucha por su orientación dependen en mayor medida de las formas organizacionales que de las teóricas. El ya mencionado John Durham Peters planteaba hace quince años que la institucionalización bajo la forma de una disciplina autónoma, impulsada por Wilbur Schramm en los años sesenta, los usos de la teoría de la información en ese contexto y “la auto-reflexión como apo-

logética institucional” explican la “pobreza intelectual” del campo de la comunicación (Peters, 1986):

El imperativo institucional de crear una disciplina particular en una época cuando los asuntos de comunicación eran prácticamente universales en la vida universitaria significó que las ideas de la teoría de la información tuvieran que ser distinguidas del campo en sí, para establecer el engramado propio. En suma, la teoría se usó casi exclusivamente para propósitos de legitimación y sus “ideas interesantes” fueron ignoradas. El destino de la teoría de la información es una lección sobre los compromisos que se hallan en el periodo formativo del campo: negociar alcance teórico por territorio académico (Peters, 1988: 314-315).

Otro autor que en ese mismo sentido ha abordado la crítica a fondo del “universo de discurso en el que crecimos” es Timothy Glander (2000), cuyo trabajo historiográfico interpreta las decisiones que guiaron la institucionalización del campo de estudios de la comunicación en Estados Unidos en el contexto de la segunda guerra mundial en un sentido estrictamente político, pues había tantos antecedentes académicos para institucionalizarlos en relación con la educación, en el campo de las humanidades, como con la propaganda, en el de las ciencias sociales. Al resolverse la definición de los proyectos fundacionales en términos del avance en el conocimiento y control de los mecanismos propagandísticos, centrados en la difusión masiva y selectiva de mensajes persuasivos, y no de los educativos, asociados a la construcción democrática de comunidades de conocimiento y acción; y al conseguirse no sólo los apoyos políticos y financieros, sino también la legitimidad académica de la investigación con ese sesgo, la separación entre comunicación y educación y la escisión entre humanidades y ciencias sociales quedó consagrada y el modelo de la *Mass Communication* consolidado, independientemente de su consistencia epistemológica, primero en Estados Unidos y luego, en el resto del mundo.

Para los años sesenta, época de la guerra fría y de la “modernización” de América Latina, parecía haberse resuelto así el diseño del campo de la comunicación en Estados Unidos. No sólo se había institucionalizado, en la forma de institutos de investigación sobre todo, sino que había clarificado su “misión”, o al menos la de la

“Mass Communication Research”, alrededor de las famosas cinco preguntas de Lasswell — “quién, dice qué, a quién, por qué canal, con qué efectos” — convertidas por Schramm en un auténtico paradigma disciplinario.

Pero más que la historia de *allá*, a partir de este punto me interesa discutir cómo se trasladan sus rasgos, hacia *acá*: hacia América Latina y hacía el resto del mundo. Para esa transición me sirve mucho una cita de Hanno Hardt, autor de otra historia de los estudios de la comunicación en Estados Unidos, ésta trazada desde las corrientes “críticas”, en la que busca reconstruir y comprender el trayecto de “las ideas sobre la centralidad de la comunicación en el pensamiento social”:

Estas ideas emergieron de la cultura social y política de los Estados Unidos como un país en vías de desarrollo que se movió, en unas cuantas generaciones, de los experimentos sociales y políticos sobre la colonización, la expansión urbana y la industrialización al liderazgo mundial en prácticas democráticas. Durante este periodo las preguntas sobre la comunicación y el papel de los medios se convirtieron en una preocupación práctica para quienes se dieron cuenta del papel del lenguaje y de la capacidad de las tecnologías de la información para trascender las fronteras culturales y políticas (Hardt: 1992: xi).

La historia de los medios, así como la de las prácticas comunicativas o de la idea de la comunicación, tienen lugares propios en la investigación, que no habría que confundir con la historia del campo académico, aunque entre todas esas historias haya vínculos y enlaces múltiples. En América Latina, por más que haya antecedentes documentados incluso anteriores a los estadounidenses, la historia del campo académico de la comunicación no abarca más que las últimas cinco décadas, el tiempo que lleva el proceso de su institucionalización en las universidades y centros de investigación. En ese trayecto, me parece muy relevante el hecho de que el estudio de la comunicación haya tenido mucho más arraigo en la forma de programas de formación profesional que de centros de investigación, y, por supuesto, la dependencia “obvia” de la investigación latinoamericana con respecto a “las orientaciones conceptuales y metodológicas establecidas por los investigadores en Europa y los Es-

tados Unidos”, que ya documentaba y denunciaba Luis Ramiro Beltrán (1974, 1976) en los años setenta.

No hay duda de que, en muchos aspectos, ha quedado atrás aquella situación de la “indagación con anteojeras”, es decir, con mayor precisión, la oposición maniquea entre el rigor de la ciencia y el compromiso político con la transformación social que Beltrán descubría como patrón del debate central en la investigación de la comunicación en América Latina en esa época, y que resultaba más nociva aún que la dependencia conceptual y metodológica de la que no estaba desvinculada. Pero al igual que en las ciencias sociales en general, y en el campo de la comunicación en Estados Unidos y en otras regiones, el **eje central** de los debates en el campo pareció perderse entre los años ochenta y noventa, precisamente en la época de su crecimiento explosivo. Como he argumentado en otro lugar con mayor detalle (Fuentes, 1999), en mi propio intento de hacer una historia del campo latinoamericano de la comunicación, hace diez años (Fuentes, 1992),

logré, sin gran dificultad, reconstruir la “problemática” latinoamericana de la comunicación y los acercamientos a su investigación y práctica predominantes en los años sesenta a partir del eje de tensión (teórico-metodológico) entre el desarrollo y la dependencia, así como su desplazamiento, en los años setenta, hacia el eje de tensión (epistemológico-político) entre los criterios de cientificidad y la contribución al cambio social. Pero ningún esquema de este tipo me permitió entonces organizar las tensiones del campo en los años ochenta. (...) Sin embargo, la tensión predominante en los años noventa pareció establecerse sobre el eje del abandono de las premisas críticas, sea ante la adopción de la “inevitable vigencia” de las leyes del mercado también en el ámbito de la investigación, sea ante la dispersión de enfoques sobre las múltiples “mediaciones” culturales de las prácticas sociales, sea en otras direcciones.

Por un lado, entonces, las temáticas asociadas a la “globalización” y las tecnologías digitales y, por el otro, las asociadas a las “identidades” microsociales, exigieron la ruptura (o provocaron el “desvanecimiento”) de casi todos los supuestos teórico-metodológicos, epistemológicos y, sobre todo ideológicos, que habían sostenido la investigación de la comunicación en las décadas previas. Desde mediados de los años ochenta, parece tener cada vez menos sentido

investigar las relaciones de los medios de difusión con la dependencia o con el desarrollo nacionales, formular e impulsar alternativas a las políticas y prácticas de la "manipulación" informativa o el entretenimiento comercial, o discutir los fundamentos conceptuales que permiten llamar "comunicación" no sólo a tantos fenómenos distintos, sino enfocados desde perspectivas fragmentarias y hasta opuestas entre sí, a lo largo de distintos ejes. Es decir, sin que hayan desaparecido el maniqueísmo o el dualismo que en otras épocas organizaban el pensamiento, el discurso y la acción sobre la comunicación, desde mediados de los años ochenta parecen haberse multiplicado en tal medida las posturas y las posiciones desde las cuales se puede investigar la comunicación, que el debate es cada vez más difícil, al haber menos referentes comunes (Fuentes, 1999).

Quizá podría sostener hoy, tratando de enfatizar la dimensión epistemológica de esta problematización, que ese aparente abandono de las premisas críticas, así se sustentaran más en ideologías políticas que en posturas científicas, y esa **inercia sin proyecto** que puede documentarse muy bien en el campo latinoamericano de la comunicación no sólo nos acercan más que en otras épocas a lo que sucede en otras partes, sino que nos exige recomponer nuevamente los esquemas reflexivos desde una postura muy propia. Adelanto que para mí ya no basta tampoco el análisis de la institucionalización social y cognoscitiva del campo, como considero que no es suficiente el análisis de su legitimación intelectual, pero sí creo que es conveniente revisar, antes de pasar a otro plano, los fundamentos institucionales de la **disciplinización** del campo y, en consecuencia, las estructuras transinstitucionales en que se sostiene e impulsa, principalmente las publicaciones y las asociaciones académicas.

En otras palabras, creo que la influencia fundacional de CIESPAL² y sus modelos de escuelas de periodismo primero y de comunicación después; la omnipresente actividad de la iglesia católica y después de otras iglesias en las prácticas educativas y comunicativas de todo tipo; los programas estatales de modernización y los variados movimientos políticos y sociales que han impulsado pro-

2. CIESPAL: Centro Internacional de Estudios sobre la Comunicación (antes Periodismo) para América Latina.

yectos comunicacionales de signos muy distintos; la intervención de agencias internacionales de diverso origen, orientación y capacidad financiera; los intereses directa e indirectamente asociados con los medios; y muchas otras agencias extra-académicas, han condicionado de una manera mucho más determinante, aunque enormemente variada, la institucionalización universitaria de nuestro campo que la racionalidad no digamos científica, sino organizacional de la propia academia.

Porque si bien los modelos básicos de formación universitaria de profesionales de la comunicación fueron importados a América Latina directamente de Estados Unidos, insertados en unos sistemas universitarios muy diferentes al original pronto adquirieron características divergentes, de las cuales ahora destaco solamente la desvinculación de su desarrollo con respecto al de los sistemas comerciales de medios, que incluso superaron en algunos aspectos, momentos y países determinados a sus modelos norteamericanos. Quizá, la falta de articulación de estos programas con la investigación, que siempre fue relativamente escasa y durante muchos años se realizó primordialmente fuera de las universidades, y en la mayor parte de los países también de los medios, alejó a la gran mayoría de las escuelas de comunicación de la posibilidad de generar un espacio académico mínimamente riguroso en cuanto a los saberes que reproducía. Cuando comenzaron a surgir los programas de posgrado, este patrón estaba ya sólidamente establecido y muchos de estos programas no han podido o no han querido sustrarse a él.

Se puede explicar así, entre otros rasgos de nuestro campo, el proceso de **disciplinización** de los estudios de comunicación. La formación de profesionales, orientada a la creación, expansión y desarrollo de un mercado laboral en los medios y otras instituciones sociales en el que se insertaran los egresados universitarios, tuvo un impulso mayor por parte de las propias universidades que de las industrias de la comunicación. Los medios podrían emplear especialistas funcionalmente capacitados, pero las universidades debían legitimar la oferta correspondiente a esa demanda distinguiendo su formación de la de otros profesionales: la manera que prevaleció fue la recomendada por CIESPAL en 1963: independizar, al interior de la estructura universitaria, en la forma de escuelas, facultades o departamentos, los estudios de "comunicación". La denominación institucional fue más importante que la fundamentación conceptual.

Hay entonces una diferencia sustancial en la institucionalización disciplinaria de los estudios de la comunicación y, por lo tanto, en la constitución del campo académico y sus búsquedas de legitimación, entre Estados Unidos y América Latina: la **disciplinización**, es decir, la construcción y defensa de un territorio delimitado y relativamente cerrado para controlar los procesos de producción y reproducción de saberes académicos, en Estados Unidos fue la consecuencia de una estrategia sociopolítica soportada por la investigación empírica, aquella que Lazarsfeld llamó "administrativa". En América Latina, de una estrategia de adaptación y justificación sociopolítica de las instituciones universitarias, basadas en su función profesionalizante, como vehículo de movilidad social y de "modernización" de porciones selectas de la población. Al no darse el caso en términos similares ni a Estados Unidos ni a América Latina en la mayor parte de los países de Europa, quizá con la excepción española, los estudios sobre la comunicación comparten quizá los mismos problemas de legitimación social y epistemológica, pero no los de disciplinización del campo.

Este análisis, que aquí sólo insinuó, lleva a la conclusión de que los procesos de institucionalización, social y cognoscitiva del campo académico de la comunicación en América Latina se han desarrollado manteniendo y reforzando una **desarticulación múltiple**, que a los problemas "importados" de Estados Unidos suma problemas muy propios. El principal es confundir, como lo ha sintetizado Jesús Martín-Barbero, las condiciones de desarrollo del o los mercados profesionales, con las exigencias de un campo intelectual. La formación profesional, al extremar sus rasgos disciplinarios, se fragmenta o especializa funcionalmente, aunque deje un residuo creciente de comunicadores disfuncionales. La teoría no puede segmentarse así sin perder poder explicativo.

Por otro lado, la investigación académica, con mayor o menor lucidez crítica y consistencia científica, ha podido desarrollarse a **pesar** de las constricciones disciplinariantes, pues es evidente la impertinencia de "aislar" la comunicación del mundo en el que sucede, como si tomarla como objeto fuera sinónimo de convertirla en una cosa. Hay proyectos *inter-*, *multi-*, *trans-* y *post-*disciplinarios y una gran necesidad de debate epistemológico, ético y metodológico entre ellos, que el factor de la disciplinización obstaculiza. Porque no habría que confundir "disciplina" (concepto organizacional y pedagógico) con "especialidad" (recorte funcional de enfoque particular)

o con “especificidad” (atributo de una relación concreta entre un objeto y un método). El espacio idóneo, pues ni el mercado ni la industria ni la profesión pueden pensarse a sí mismos de otro modo, que queda disponible para sustanciar y referir pertinentemente este debate es aquel en el que confluyen idealmente las funciones sociales irrenunciables de la universidad: el posgrado, lugar de la profesionalización avanzada.

La profesionalización del campo académico de la comunicación

Indiqué al principio que mi argumentación iría de lo más abstracto a lo más concreto sobre un eje de problematización estructural e histórica del campo de estudios sobre la comunicación. Al llegar a esta última parte, mi exposición será mucho más breve, tanto porque mis puntos de vista o mis propuestas están ya presentados, como porque es en el plano de referencia de las prácticas y las estrategias concretas donde espero que se sitúe la parte más interesante del debate.

La “comunicación”, como quiera que la definamos, implica sistemas y prácticas socioculturales, cognoscitivas, económicas y políticas, y dimensiones psicológicas, biológicas y físicas de las que necesariamente participamos. La construcción de **objetos** de conocimiento sobre ella no puede ignorar que como **sujetos** estamos implicados en esos objetos. Por ello el hecho de construirlos y desarrollarlos de una u otra manera afecta su propia naturaleza objetiva, la institucionaliza y, de alguna manera, la “naturaliza”. En el campo de la comunicación, la **tensión esencial** parece ser ontológica: su objeto es un factor constitutivo de lo humano, y al mismo tiempo un instrumento para la consecución de fines particulares, histórico-sociales determinados. Estamos hechos de comunicación, como individuos y como sociedades, pero también usamos la comunicación para afectar particularmente esta constitución. De ahí que la comunicación implique ineludibles imperativos éticos.

En el plano epistemológico, entonces, esa “tensión esencial” se puede resolver tanto separando como buscando articular ambos aspectos del fenómeno. Las teorías de la comunicación, elaboradas en los campos del conocimiento filosófico, de las ciencias naturales o formales, de las humanidades o de las ciencias sociales, son construcciones alternativas para interpretar sistemáticamente, y **comu-**

nicar a otros o con otros, la forma en que se relacionan en la práctica concreta las dimensiones constitutivas e instrumentales de la comunicación. Por razones ideológicas, históricamente explicables, parecen haber predominado las perspectivas instrumentales más reduccionistas en la constitución del campo académico, al centrarse la atención en los medios o en los mensajes y no en las interacciones entre sujetos o entre éstos y las instituciones. Pero su eficacia explicativa, interpretativa o retórica, al operar esa reducción, genera más problemas que los que resuelve, debido a que lo que "deja fuera" es precisamente lo que resulta indispensable explicar: la constitución comunicativa de la realidad social.

El principio de la **doble hermenéutica** de Giddens, uno de los pilares de su teoría de la estructuración, que postula que el trabajo científico-social consiste en interpretar hechos ya previamente interpretados, y que implica que los sujetos sociales son constitutivamente capaces de actuar en consonancia con sus propias interpretaciones (Giddens, 1984), aporta un modelo útil para identificar que la **especificidad** de la comunicación, formulada como mediación significativa de la constante dialéctica entre los sujetos en interacción y las estructuras y sistemas sociales, no puede aislarse teórica o metodológicamente de las mediaciones del poder y de la "sanción" moral, que confluyen en la **estructuración** de los sistemas sociales a través de la institucionalización discursiva, político-económica y legal (Giddens, 1984: 31). Sería objeto de otra revisión la manera en que autores como John B. Thompson (1995) y Klaus Bruhn Jensen (1995) sistematizan teóricamente, con articulaciones diferentes en cada caso, las derivaciones de este esquema para la práctica de la investigación sociocultural de la comunicación y los medios en la sociedad contemporánea.

Para la teoría de la estructuración, la **agencia** es la capacidad del actor social "para reinterpretar y movilizar un repertorio de recursos en términos de esquemas culturales distintos a los que constituyeron originalmente el repertorio" (Sewell, 1992: 19), pues los recursos nunca están homogéneamente distribuidos entre los sujetos sociales (individuales o colectivos). "Ser un agente significa ser capaz de ejercer algún grado de control sobre las relaciones sociales en que uno está inmiscuido, lo que a su vez implica la capacidad de transformar esas relaciones sociales en alguna medida" (Sewell, 1992: 20).

Este principio, que por supuesto tendría que desarrollarse mucho más, es la base de mi propuesta final en esta exposición: es me-

diante la formación en los posgrados de **agentes** académicos competentes para **producir socialmente sentido sobre la producción social de sentido**, que el campo académico de la comunicación puede no sólo reorientarse para avanzar en su legitimación, para ganar mayor autonomía y poder, sino que podrá generar explicaciones más plausibles y orientadoras de las transformaciones en curso en el mundo y del papel que los sistemas y prácticas de comunicación tienen en esas transformaciones, y basar su legitimación en esta competencia académica, más que en su competitividad institucional.

Esta tarea educativa, científica y política, que articula las funciones sociales sustantivas de la universidad: la docencia, la investigación y la extensión, con los imperativos funcionales de reforzar la profesionalización pero también la crítica en todos los campos del saber y en todos sus niveles, tiene en el nivel del posgrado un espacio privilegiado y en el campo de la comunicación una responsabilidad estratégica, debido más que a su propio desarrollo a la extensión que ha adquirido su objeto, y que no es ni puede ser sólo de él. La comprensión de la comunicación contemporánea no puede ser tarea exclusiva de nadie, pues no puede producirse sin el aporte de los saberes de otros. Lo que puede ayudar más a clarificar las condiciones de la legitimación epistemológica de los estudios de la comunicación no es su cerrazón, sino su apertura: su capacidad de interacción crítica y de complementación racional en la construcción de un conocimiento sólido y comprensivo que articule perspectivas diversas sobre un aspecto de la realidad que, por definición, es múltiple.

Cuando afirmo que "el campo" tiene ciertas características o puede emprender ciertas tareas, no extrapolo la objetivación social que le confieren las luchas intersubjetivas que lo constituyen a la creencia en que el campo sea un ente racional, con "voluntad" propia, que pueda orientar su acción en algún sentido. Ni la "ciencia", la "academia", el "mercado", el "estado", la "sociedad" o el "campo" tienen más capacidad reflexiva y práctica que la que le asignan sus agentes, o la correlación de fuerzas entre sus agentes. De ahí mi propuesta de centrar los esfuerzos en la profesionalización avanzada, en la formación de agentes académicos en los posgrados, con capacidad de influir críticamente en la definición de los términos más pertinentes para que la lucha por la identidad y la monopolización del saber legítimo, por la acumulación, reproducción y, sobre todo, la **redistribución social**

de los saberes sobre la comunicación, adquiera un carácter más científico que político. En ese sentido, creo que el lugar prioritario de la epistemología de la comunicación está en la capacidad reflexiva, en la sistemática vigilancia de la práctica, que los profesores podamos comunicar, suscitar, generar, infundir, en nuestros sucesores.

Referências bibliográficas

- ANDERSON, James A. (1996): *Communication Theory. Epistemological Foundations*. New York: The Guilford Press.
- BELTRÁN S., Luis Ramiro (1974): "Communication research in Latin America: the blindfolded inquiry?", International Scientific Conference on Mass Communication and Social Consciousness in a Changing World, IAMCR, Leipzig, en *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, Trascendencia y Proyección*. La Paz, Plural Editores, 2000.
- _____ (1976): "Premisas, objetos y métodos foráneos en la investigación sobre comunicación en Latinoamérica", en *Investigación sobre comunicación en Latinoamérica. Inicio, Trascendencia y Proyección*. La Paz, Plural Editores, 2000.
- BOURDIEU, Pierre (2000): "El campo científico" [1976], en *Los usos sociales de la ciencia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- FUENTES NAVARRO, Raúl (1992): *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. México: FELAFACS.
- _____ (1999): "La investigación de la comunicación en América Latina: condiciones y perspectivas para el siglo XXI" en *Diálogos de la Comunicación*, n. 56, pp. 52-68.
- GERBNER, George (1983): "The Importance of Being Critical – In One's Own Fashion" in *Ferment in the Field, Journal of Communication*, v. 33, n. 3.
- GIDDENS, Anthony (1984): *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Berkeley/Los Angeles: University of California Press.
- GLANDER, Timothy (2000): *Origins of Mass Communications Research during the American Cold War. Educational Effects and Contemporary Implications*. New Jersey: Lawrence Erlbaum Associates.
- HARDT, Hanno (1992): *Critical Communication Studies. Communication, History and Theory in America*. New York: Routledge.
- JENSEN, Klaus Bruhn (1995): *The Social Semiotics of Mass Communication*. London: Sage.
- Journal of Communication* (1983): v. 33, n. 3, Special Issue: *Ferment in the Field*.
- _____ (1993): v. 43, n. 3-4, Special Issue: *The Future of the Field: between Fragmentation and Cohesion*.

- KRIPPENDORFF, Klaus (1994): "The Past of Communication's Hoped-For Future" in LEVY and GUREVITCH: *Defining Media Studies. Reflections on the future of the field*. New York: Oxford University Press.
- KUHN, Thomas S. (1982): *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia* [1977]. México: CONACYT/ Fondo de Cultura Económica.
- LEVY, Mark R. and GUREVITCH, Michael (1993): "Editor's Note" in *The Future of the Field, Journal of Communication*, v. 43, n. 3.
- _____ (1994): *Defining Media Studies. Reflections on the future of the field*. New York: Oxford University Press.
- MARTÍN-BARBERO, Jesús (1992): "Pensar la sociedad desde la comunicación. Un lugar estratégico para el debate a la modernidad", en *Diálogos de la Comunicación*, n. 32, pp. 28-33.
- _____ (2002): *Oficio de Cartógrafo. Travesías latinoamericanas de la comunicación en la cultura*. Santiago de Chile: Fondo de Cultura Económica.
- MATTELART, Armand y Michèle (1987): *Pensar sobre los medios. Comunicación y crítica social*. Madrid: FUNDESCO.
- _____ (1997): *Historia de las teorías de la comunicación*. Barcelona: Paidós.
- PETERS, John Durham (1986): "Institutional sources of intellectual poverty in communication research", in *Communication Research*, v. 13, n. 4, pp. 527-559.
- _____ (1988): "The need for theoretical foundations. Reply to Gonzalez", in *Communication Research*, v. 15, n. 3, pp. 309-317.
- _____ (1999): *Speaking into the Air. A history of the idea of communication*. Chicago: The University of Chicago Press.
- ROGERS, Everett M. (1994): *A History of Communication Study. A Biographical Approach*. New York: The Free Press.
- SEWELL Jr., William H. (1992): "A Theory of Structure. Duality, Agency and Transformation", in *American Journal of Sociology*, v. 98, n. 1, pp. 1-29.
- THOMPSON, John B. (1995): *The Media and Modernity. A social theory of the media*. California: Stanford University Press.
- VELASCO GÓMEZ, Ambrosio (Coord) (2000): *El concepto de heurística en las ciencias y las humanidades*. México: Siglo XXI/CIICH UNAM.
- WAHL-JOHANSON, Karin (2000): "Rebellion and Ritual in Disciplinary Histories of U.S. Mass Communication Study: Looking for 'The Reflexive Turn'", in *Mass Communication & Society*, v. 3, n. 1, pp. 87-115.